



Quórum. Revista de pensamiento
iberoamericano

ISSN: 1575-4227

quorum@uah.es

Universidad de Alcalá

España

Léguina, Joaquín

Reseña de "Memorias de Ultratumba" de Françoisrené de Chateaubriand (1768-1848)
Quórum. Revista de pensamiento iberoamericano, núm. 13, invierno, 2005, pp. 159-161

Universidad de Alcalá

Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=52001315>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

FRANÇOIS RENÉ DE CHATEAUBRIAND (1768-1848)

Memorias de Ultratumba

François René
de Chateaubriand
Memorias de Ultratumba
Editorial El Acantilado.
Barcelona, 2005

COMENTARIO DE JOAQUÍN LÉGUINA

La editorial barcelonesa El Acantilado acaba de sacar a la luz en castellano esta obra magna de Chateaubriand. Las memorias se publicaron por primera vez a la muerte del autor y fue aquella una edición descuidada. Ya en 1849 hubo una edición castellana (Mellado, Madrid) en la que no figura el traductor. Seis años después (1855) se editó, también en castellano, en una traducción de Francisco Medina Veytia. Un siglo más tarde (1965) la Compañía General de Ediciones la publicó en México con una traducción de Aurelio Garzón. La de ahora (2004) la ha traducido José Ramón Monreal y se basa en la versión «definitiva» que han realizado en Francia, no hace mucho, Edmond Biré y Jean Claude Berchet.

La tumba a la que se refiere el título de la obra se halla, efectivamente, en la Bretaña natal del autor, concretamente, sobre un islote pedregoso llamado Grand-Bé, en Saint Malo. Hasta allí llegó una tarde un joven llamado Jean-Paul Sartre para orinarse sobre ella. La meada sartriana y perruna marcaba el territorio en el que se ha mo-

vido durante casi todo el siglo XX la memoria de Chateaubriand. En efecto, al famoso conde se le ha tenido por retrógrado, por amante del antiguo régimen, por clerical, por reaccionario... Sin embargo, un análisis más sereno y menos sectario lleva a conclusiones muy distintas, porque Chateaubriand defendió, en sus inicios, la Revolución y, a su juicio, fue ésta la que se apartó de sus fines, trayendo el terror, primero, y a Bonaparte, después.

Durante muchos años y, sobre todo, tras la revolución bolchevique, una buena parte de la izquierda aceptó la teoría jacobino-stalinista según la cual el terror era una hazaña del humanismo y Robespierre su mesías. Al disociar y distinguir el inicio de la Revolución (1789) con el terror (1793), Chateaubriand no hizo sino predecir los males que le esperaban a la naciente democracia. Tampoco se equivocaba al ver en la guillotina (que cortó la cabeza a varios familiares y amigos suyos) no un aparato pensado para el progreso de la Humanidad sino una máquina de matar a tirios y troyanos que, además, acabaría por decapitar a sus valedores, entre ellos al más sectario y enloqueci-

do de todos: Maximiliano de Robespierre, «el incorruptible».

Por lo tanto, no es de extrañar que el ultraderechista y monárquico Charles Maurras detestara a Chateaubriand. Maurras veía en él («Tres ideas políticas», 1898) a un romántico enamorado de la muerte. A un anarquista que pretendía conciliar la Monarquía con la Revolución. Un descarriado que defendía todas las libertades políticas, comenzando por la de prensa.

La influencia de Rousseau en la formación intelectual del conde es evidente, como lo es que, pese a los avatares de su vida, siempre mantuvo una constante intelectual: el odio al despotismo y su defensa de la legitimidad. Por eso se quedó admirado ante la naciente democracia norteamericana cuando visitó los EE.UU en un temprano viaje a América. Por eso puede decirse también y con razón que Alexis de Tocqueville, que era sobrino político suyo, fue su discípulo.

Chateaubriand, procedente de una nobleza menor, fue soldado en el Ejército de los príncipes contra la República, exiliado en Londres, defensor y recreador del cristianismo, admirador del cónsul Bonaparte y enemigo acérrimo de Napoleón, el Emperador. Gran defensor y protagonista de la Restauración (1814), luego ministro de Luis XVIII y embajador, para pasar, después, a la oposición liberal contra los borbones. Cuan-

do en 1840 volvieron a Francia los restos del Emperador desde su tumba en Santa Elena, Chateaubriand le puso a Napoleón un singular epitafio: «Bonaparte pasó por la tumba como pasó por todas partes: sin detenerse». Por el contrario, precisamente en Santa Elena, Napoleón dedicó a su antiguo enemigo frases elogiosas: «Chateaubriand ha recibido de la naturaleza el fuego sagrado: sus obras lo atestiguan. Su estilo no es el de Racine, es el del profeta».

Pese a lo escrito hasta aquí, para los españoles, Chateaubriand no resulta, como político, un personaje especialmente simpático. Fue él, siendo ministro de Asuntos Exteriores con Luis XVIII, quien hizo aceptar en el Congreso de la Santa Alianza, celebrado en Verona, el envío de un ejército expedicionario francés («Los cien mil hijos de San Luis») que, al mando del Duque de Angulema, invadió España en ayuda del absolutismo de Fernando VII, lo que trajo aparejada una atroz represión contra los liberales, de la cual el conde nunca se sintió orgulloso; quizá por eso, mientras a la aventura de los «Cien mil hijos de San Luis» apenas dedica una corta referencia en sus *Memorias*, escribe todo un capítulo elogioso sobre el joven republicano Armand Carrel, que había desertado de las tropas realistas (1824) para pasar a combatir las desde las

filas de la resistencia española contra los invasores.

Hay en las *Memorias* otra referencia a España, corta, pero más agradable, que se refiere a su estancia en Granada (1807), adonde vino para encontrarse con Natalie Laborde, duquesa de Noailles. Ella había llegado a España acompañando a su hermano, Alexandre de Laborde (1773-1842). Buena pintora, Natalie había dibujado monumentos y paisajes de España que, luego, se incluirían en la obra de su hermano *Itinerario descriptivo de España* (6 volúmenes. París, 1808). Aquel encuentro amoroso en Granada dejó en el conde un recuerdo vivísimo: «Si atrapo a escondidas un instante de felicidad, se ve turbado por el recuerdo de aquellos días de seducción, de encantamiento y de delirio». En España, Natalie se hacía llamar Dolores, se vestía de maja y cantaba y bailaba como una gitana.

Cuando, desde España, Chateaubriand regresó a París, tras un desencuentro con Napoleón, se retiró, en un semi-exilio, a su casa en la Vallée-aux-Loups («De todas las cosas que he perdido, es la única que echo de menos», escribiría muchos años después), donde terminó de escribir *Los mártires* para ponerse pronto con *El último de los Abencerrajes*, su novela ambientada en la España del siglo XVI, auténtico homenaje a los felices y apasionados días

pasados en Granada con Natalie des Noailles, desaparecida poco después entre las sombras de su propia locura (1815).

Según James Joyce, la Historia es una pesadilla de la que uno no se despierta nunca; por el contrario, Chateaubriand, que vivió entre revoluciones y sus contrarias, admitió, al final de su vida, que sólo le quedaban los recuerdos, por eso las *Memorias* pueden leerse como un libro de Historia, aunque las fechas y los acontecimientos se disuelvan en un lenguaje rítmico y poderoso. Una literatura grande que quizá no fue bien entendida en su tiempo. Stendhal, por ejemplo, le reprochaba su absoluta falta de sentido del humor y el crítico Saint-Beuve, a quien tanto había ayudado el conde, le consideraba un vanidoso, aunque quizá no fuera vanidad lo que aquejaba a Chateaubriand, sino soberbia, pues, como escribió un diplomático austriaco que lo había tratado mucho: «Chateaubriand tiene dos medidas para todas las cosas y siempre escoge la más alta para medirse él».

En cualquier caso, los dos tomos de las *Memorias de Ultratumba* son libros para leer y, sobre todo, para tener en casa, como consulta o como referencia. Al fin y al cabo, al autor se le puede aplicar el verso de Milton: «Confuso, aunque inmortal». Confundido por su propia historia personal. Inmortal por su literatura.